

tigüedad aquello de *varium et mutabile*; y lo que adolece de esta enfermedad, no se cura sino juntándolo á lo que es uno y perenne.

Aunque en grado menor, también con los hombres se necesita seguir la misma táctica.

Y en general las sociedades, en que no hay comunicación continua entre la cabeza y los miembros, suelen tener desastrada historia: vigor momentáneo, desmayos repetidos, decadencia prematura, parálisis, y al cabo de tan pobre vida ignominiosa muerte.

Importa no menos una dirección perenne y sin cesar vigilante para conservar entre los catequistas la concordia, que tiene muchos enemigos: el homicida primitivo,¹ que nunca duerme, enconado aborrecedor de los hijos de Eva y de sus buenas obras, en especial de las muy señaladamente cristianas; la diversidad natural de intereses, opiniones y gustos; y las pasiones humanas, sobre todas los celos, llamaradas funestas de amor extraviado, que se derraman alguna vez del seno mismo de la caridad y la destruyen. Esto y menos basta para convertir la más amistosa cooperación en envidia y guerra; que al principio fermentan escondidas, y á lo último estallan en estrepitoso y destructor escándalo. He visto ya dos veces, sangrándome de verlo el corazón, congregaciones de santos, si bien santos de la tierra, que después de haber obrado largo tiempo grandes cosas en armonía como de ángeles, merced á un poco de esta dañada levadura de celos, acabaron en partidos, odios, riñas y ruínas.

1. *Homicida ab initio*.—Joan. VIII.

Ya pues que se haya reclutado y organizado la hueste catequística, falta ponerla en movimiento; y el impulso, que nunca podrá ser demasiado eficaz, ha de venir de arriba, del prelado de la diócesis.

Y ojalá lo diera, no un prelado sólo, sino el episcopado entero de la república.

En todo caso, aplauso y honor, y bendición de Dios y de los hombres al que empiece. ¡Qué misión tan magnífica la suya! ¡Qué lauro en la historia patria! ¡Qué gloria en los anales de la Iglesia! ¡Qué corona en el cielo! Téngolo desde ahora por merecedor dignísimo de todas aquellas inmortales alabanzas que da el Eclesiástico, al fin del libro, al Pontífice Josías; si bien á condición de que obre sin tardanza.

No ignoro qué y cuán útil cosa es á menudo no apresurarse, retardar el paso, comprar años por días, aguardar pacientemente la oportunidad, por más que cueste aguardarla; pero jamás pude comprender qué se gana con perder el tiempo. Sin contar que por la calle de *mañana*, como dice con donaire suyo el P. Nieremberg, se va á la casa de *nunca*. Y el tiempo, Ilmo. y Rmo. Señor, es un traidor muy grande, que finge darnos aquello que nos quita. Cada año que añade á nuestra edad, es justamente un año gastado, un año de menos; y al fin, en lo más distraído de esta fatal ilusión, de repente ¡adiós vida y mundo! «dame ahora mismo cuenta rigurosa de tu mayordomía.»

Cómo se haya de dar el impulso.... no soy tan atrevido que me ocurra siquiera indicarlo. Ni lo sé, ni es menester que yo lo sepa.

Mas á este propósito, expondré al muy superior criterio de V S I una idea, que ahora me asalta la mente.

He recorrido más ó menos despacio, después que llegué á edad y á estado de observar, diferentes naciones: España, Francia, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra y los Países Bajos; y en ninguna me han parecido mejor administradas las diócesis que en el reinécillo de Bélgica.

Mucho alaba en sus libros á los belgas el padre jesuita Mach, especialmente en su «Tesoro del Sacerdote», y los conocía bien, puesto que pasó allí en misiones no menos de diez y ocho años; pero á fe mía que se quedó corto en sus alabanzas.

En Bélgica ví, como nunca había visto, el reinado tranquilo y absoluto de la autoridad diocesana, respetada y querida; la perfecta hermandad, la comunión y como compenetración de espíritu eclesiástico, de luces y de aliento entre los miembros del clero; la acción común, unida y afectuosa, hermosísima de contemplar y de irresistible eficacia.

Esta eficacia, sin tumultos, sin violencia, sin escándalos, y contra la desalumbrada oposición de los políticos, aunque cristianos y conservadores; acabó en 1884—yo lo presencié—con la maldita ley flamante y vigente de instrucción pública; derrocó legalmente al partido libre-pensador, allí fortísimo; y produjo la paz religiosa y la bonanza,

de que disfrutaron desde entonces los católicos belgas.

Pues gran parte de esa fuerza, y casi todo ese bien, yo lo atribuyo á la regular é incesante comunicación de los prelados con los arciprestes y de éstos con los párrocos. Es tal, que no es posible formarse de ella idea clara, sin verla.

Para muestra, y porque hace mucho á nuestro caso, voy á bosquejar un punto, el de las conferencias eclesiásticas, observadas allí con la más severa exactitud en esta guisa.

Para cada mes, y con algunos de anticipación, envía el prelado una serie de preguntas sobre teología dogmática y moral, derecho canónico, historia eclesiástica, liturgia y administración parroquial—éstas á veces aparte y de repente—á los señores arciprestes, que luego las remiten á los párrocos y capellanes. Cada sacerdote escribe sus respuestas en estilo de disertación: se leen todas en las conferencias cantonales, se mandan al obispado, se vuelven á leer por una comisión especial, se comparan entre sí, se apartan é imprimen las mejores, se forman con ellas libros y se reparten al clero. Todas las ventajas del sistema deliberativo sin ninguno de sus inconvenientes.

Las preguntas sobre administración suelen ser por extremo prácticas y oportunas, acomodadas á las necesidades del momento; y así en el caso presente me figuro que se preguntaría, con mejor tino que yo, pero algo semejante á lo que voy á escribir.

¿Cuál es el grado de instrucción religiosa que

alcanza en general la parroquia del respondiente? ¿Es bastante á tranquilizar las conciencias del párroco y del prelado?

¿A qué atribuye el buen ó mal estado de su parroquia en punto al conocimiento de la doctrina cristiana?

¿Qué medios generales y particulares convendría poner en juego para remediar el daño, si lo hay, y lograr lo mejor y antes posible un cambio satisfactorio?

Estas ú otras preguntas semejantes, unos las discutirían con sus amigos, otros ó los mismos las consultarían con sus maestros y directores, y todos con su razón, sus libros y su experiencia.

El torrente de luz y de ardor que saldría de tal fragua, no puede imaginarse.

¿No habrá manera de intentarlo en la diócesis de Méjico?

¡Cuántas invenciones ingeniosas, cuántas piadosas industrias, ahora personales y escondidas, vendrían á ser entonces públicas y comunes!

Y luego ¡qué santa y fecunda emulación resultaría de aquí en los celosos! ¡Y qué punzante aguijón sería éste para tibios y descuidados! Veríase tal vez á los obreros antiguos, á los ya beneméritos, ser primero imitados é igualados, y al fin superados y vencidos por los nuevos en nobilísima contienda de virtudes.

¿Dirán que esto es una utopía, un sueño del deseo?

Ni sueño ni utopía; mejor, mucho mejor opinión

tengo del clero mejicano. He visto en él, aunque me han faltado tiempo y ocasiones de conocerlo á fondo, talento siempre, y siempre buena voluntad, hartas veces encendida en apostólico celo. Entusiasmo es lo que menos he visto; y no es de maravillar, á raíz de una envidiosa y cruel persecución, cuando casi se oyen todavía sus aullidos y el ruido de sus golpes, cuando los feroces enemigos de la Iglesia, si ya no cantan en voz de triunfo, murmuran por lo menos en sus conciliábulos y en sus negros corazones aquella indignidad del impío y epicúreo Lucrecio:

“... Religio, pedibus subjecta, vicissim
Obteritur: nos exæquat victoria cælo.”¹

¡Infelices! Ya verán, vivos ó muertos, que golpean el yunque y muerden la lima. Ya verán en qué paran esos laureles, que fantasea su desatino.

Y si yo soñara en esto, si el clero no fuera *ex semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel*,² siendo por otro lado intolerable el estado presente, habría que decir con Alighieri: *Lasciati ogni speranza*; ó con otro poeta:

“... Occidit, occidit
Spes omnis.”³

ó repetir aquellas desesperadas frases del prólogo de Tito Livio: *Ad hæc tempora, quibus nec vitia nostra nec remedia pati possumus, per-ventum est.*⁴

1. “Al fin logramos pisotear la religión, que antes nos imponía; y esta victoria levanta nuestro mérito á las estrellas.”—I.

2. “De la raza de aquellos varones que salvaron á Israel.”—I. *Maccab.* V.

3. “Murió, murió toda esperanza.”—*Hor.*

4. “A tal situación hemos llegado, que no podemos ya sufrir ni la enfermedad que nos mata, ni el remedio que nos curaría.”

No seré yo quien lo diga ni lo sueñe. *Confidimus meliora et viciniore salutis.*¹

Demasiado tiempo he distraído la atención de V S I, por más que he procurado ser breve.

No menos he querido mostrarme siempre respetuoso, aunque esto de mí á V S I es sobremañera fácil, y aun natural y agradable. Sin violencia ninguna, antes con llana sinceridad, me he aplicado, desde que empecé á escribir, el clásico *Ne sus Minervam.*

Sino obstante se me escapó algún atrevimiento, lo condeno y retiro; segurísimo en mi conciencia de que no fué deliberado. Habrá sido resultado del sentimiento, vivo por demás, que en un extranjero recién llegado produce la novedad de las impresiones. En general las cosas de cada país, mejor, incomparablemente mejor que los extraños las conocen los naturales; pero no sigue la misma ley, si ya no es que obedece á ley inversa, el sentimiento. En aquellos lo aviva la novedad, mientras que en éstos lo embota, casi hasta borrarlo, la costumbre. Sabido es que así lo grandemente bueno como lo extraordinariamente malo, si se ve de continuo, á la larga degenera en trivial é indiferente. *Assiduitate vilescunt.*

Sólo una cosa me ha sido no poco difícil: contener la pluma en algunos lugares. Es duro y árduo escribir con pacífica mansedumbre cuando rebosa de indignación el alma. Pero como tenga no sé qué de irreverente airar el tono; y como

1. Hebr. VI.

por otra parte daba por averiguado que indigna también á V S I, y acaso más, lo que á mí me indignaba; pensé que me estaría mejor irme á la mano, sufrir la comezón y pasar adelante.

Permítame por fin, que antes de cerrar esta carta, responda de otro modo á lo que, pensando muy demasiado bien de mí, tuvo la bondad de proponerme en nuestra última conferencia.

Levantar una cruzada me parece que es gritar, como en los días de Urbano II, con alarido que señoree las almas, enternezca y entusiasme los corazones: *¡Dieu le veut!* ¡Dios lo quiere!

Mas ¿quién podría dar hoy aquí eficazmente semejante grito?

Solamente el prelado, solamente V S I, la voz más conocida, la más autorizada, la única voz que tiene derecho á ser oída en toda su Iglesia. Láncelo, pues, y no dude que luego lo repetirán con fe y con entusiasmo cientos y miles de cristianos pechos.

Y si por ventura el escarmiento de algún cruel desengaño, ó la timidez de un medroso consejero, ó la pereza de algún otro de esos que ven, como dice la Sagrada Escritura, leones y leonas en plazas y caminos; ¹ le insinuasen que la empresa es temeraria, imposible; que acometerla es locura; y que de nada sirve la más resuelta energía contra mayor é invencible inercia; espero sin dudar que desearía tales insinuaciones con la

1. *Leo est foris, in medio platearum occidendus sum: leo est in via et leona in itineribus.*—Prov.

digna entereza que á V S I corresponde, y el desdén que ellas merecen.

Al cabo, sin exponerse ¿qué se logra? ¿Y qué mejor ocasión de exponerse que cuando á ello incitan á porfía la gloria de Dios, la necesidad gravísima y urgentísima del prójimo y los más sagrados deberes?

Fuera de que no es cuenta del hombre sino de Dios el buen suceso. *Incrementum dat Deus*. Esto es obra propia suya y su cuidado. El nuestro ha de ser trabajar con obediencia de obreros y amor de hijos á las órdenes del Padre de familias. *Dei adjutores sumus*. Aún la eficacia de esta labor de ayuda es tan poco humana, que, como enseñan el Apostol y la historia, más de una vez elige Dios lo necio, lo débil, lo despreciable del mundo para obrar sus más sorprendentes maravillas, celosísimo de su gloria: *Sufficientia nostra ex Deo est. Quae stulta sunt mundi, et infirma, et contemptibilia elegit Deus, ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.*²

Dejemos, pues, al egoísmo y á la tibieza vociferar, como suelen: ¡Prudencia! ¡Cuidado! ¡Quietos! ¡Alto! ¡Atrás! y digamos nosotros con invencible calma: ¡Adelante! ¡*Eamus!*

Así nuestro divino Maestro, cuando se acercaban sus enemigos á prenderle; así sus apóstoles y los valerosos misioneros, que con tanta honra de nuestra religión y de la dignidad huma-

1. "De Dios viene nuestra capacidad, nuestra suficiencia."—II. Cor. III.

2. "Dios ha escogido á los necios según el mundo, y á los flacos y á los despreciables; á fin de que ningún mortal se jacte de nada ante su acatamiento."—I. Cor. I.

na, arrojándose á empresas al parecer imposibles, han trasformado al mundo. A las voces del Redentor: *Elegi vos et posui vos ut eatis...*¹ *Ite, ecce ego mitto vos...*² *Euntes ergo docete...*³ *Euntes prædicate Evangelium,*⁴ respondieron obedientes y animosos: *Eamus!*⁵

Aún los héroes puramente humanos usaron ese lenguaje. Recuerdo ahora el conocidísimo *Eamus igitur* de Julio César según la narración de Suetonio; el ¡*Vamos!* última voz del moribundo Duque de Alba; el ¡*Vamos* á morir como cristianos! respuesta del joven Pizarro al ardid, pero mal consejo de Juan Acosta. ...; y los héroes que tal vez no pronunciaron esta palabra, ¿no la dijeron obrando?

Ni tiene otro sentido el alto y merecidamente celebrado pensamiento de Séneca: *Utique si et provocavit,*⁶ semejante al *Hilarem datorem* del Apostol; y esencial, á mi ver, en cualquier acto de verdadero heroísmo.

Mas no se entienda que yo quiero para V S I el ¡*vamos!* saludo generoso á la desgracia ó á la muerte, sino el ¡*vamos!* precursor de la victoria.

En la batalla de las Navas, una de las más solemnes y decisivas ocasiones que han presenciado los siglos, aquel de veras heróico abuelo de San Fernando y de San Luis, que tan digna-

1. "Os elegí y os destiné á que vayais."—Joan. XV.

2. "Id, yo os envío."—Matt. X.

3. "Id, pues, y enseñad á todas las naciones."—Matt. XXVIII.

4. "Id por todo el mundo y predicad á todos el Evangelio."—Marc. XVI.

5. ¡Vamos!

6. De Prov.

mente acaudillaba las huestes de Cristo, viendo la inmensa morisma y el siniestro comenzar de la pelea, y recordando por ventura la triste rota de Alárco; aunque sin turbarse por ello «nin en la color, nin en la fabla, nin en el continente», volvióse al Arzobispo de Toledo y le dijo: «Arzobispo, yo e voz aquí muramos.»

Pero el impávido y noble hijo de Navarra, D. Rodrigo Jiménez, que acaso veía con los ojos de su vivísima fe lo que en Dotan vió Giezi; y á lo menos la tenía tan inquebrantable como Asá en el Valle de Sofata ó el Macabeo en Beteron; le respondió al punto: «Non quiera Dios que aquí murades, antes aquí habedes de triunfar.»

Este varonil pronóstico deseo y pido á Dios que á sí mismo lo aplique V S I. Esto deseo y pido á Dios que responda á todo pusilánime consejo:

«¡Vamos! no á sucumbir, sino á vencer; no á derrota ninguna, sino á un completo y seguro triunfo.»

ILMO. Y RMO. SEÑOR,

Le besa afectuosamente el anillo su leal y humilde servidor,

Manuel F. de Barrena.

San Nicolás de Tolentino, Viernes Santo de 1896.

SUMARIO

Motivo y ocasión de esta carta. (5.)—Ignorancia religiosa del pueblo. Triple grandeza de este mal. (7.)—Responsabilidades. (9.)—Causas de la ignorancia. Remedio. Programa del Apostol. (10.).....	5-10
PARTE I.— <i>Quomodo autem audient sine predicante.</i> —No bastan los catequistas ordinarios. ¿Qué se ha de hacer? (11.)—Medios de suplir á la penuria de clero parroquial. 1º Mayor actividad en los señores párrocos y coadjutores. (13.)—2º Ayuda de los estudiantes seminaristas. (14.)—3º Cooperación más enérgica y mejor encaminada de los maestros de escuela. (14.)—4º Congregaciones religiosas y asociaciones piadosas libres, consagradas á la enseñanzadel Catecismo. (16.)—No se saca de estas congregaciones el fruto que debería sacarse. (18.)—Doble muestra de abusos dañosos á la enseñanza del Catecismo, que las damas de las congregaciones y las señoras en general podrían disminuir, cuando no desarraigar del todo, sólo con su influencia. Primer abuso (20.) Segundo abuso. (25.) Una advertencia. (29.).....	11-29
Otra especie innumerable de catequistas: La enseñanza mutua. (31.)—Continúan los medios de suplir á la falta de maestros eclesiásticos de doctrina cristiana. 5º Las congregaciones puramente caritativas. (35.)—6º Toda suerte de asociaciones piadosas. (36.)—7º La mayoría de la población: <i>todo el mundo.</i> (38.)—8º Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, si es posible traerlos. (58.) Eficacia de las misiones.—(59.)—Conclusión de la primera parte.... (61.)	59-62

PARTE II.—*Quomodo prædicabunt nis mittantur?* Misión.

Dos operaciones, organización é impulso. (62.)

- A. Organización. Condiciones para el buen éxito. Junta fundadora y directiva. (62.)—Primeros pasos de la Junta: reclutar y ordenar el personal docente y allegar recursos con ayuda de juntas auxiliares ó asociaciones de suscritores. (66.) El orden de la caridad: ante todo la patria, Méjico. (70.) Continuación de la obra de la Junta directiva: acción incesante, perenne. Las señoras y la caridad. (76.)—La concordia entre los catequistas. (78.)..... 66-78
- B. Impulso. Quién, cuándo y cómo haya de darlo. (79.)—Un ejemplo que acaso convenga imitar (80.) 80-82
- Conclusión. La cruzada del Catecismo 85

ENMIENDA DE ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Lin.</u>	<u>Dice:</u>	<u>Léase:</u>
10—	7—	<i>inclytumtuum</i>	inclytum tuum.
16—	6—	<i>fuerza de ley</i>	fuerza ó derecho de ley.
37	Nota 1	<i>sólo bastaría si</i>	solo bastaría, si.
41—	11—	<i>christiam</i>	christiani.
59—	últ ^a	<i>de s'assoir</i>	de s'asseoir.
81—	18—	<i>párrocos y capellanes</i> .	párrocos, vicarios y capellanes.
90—	1—	<i>nis mittantur</i>	nisi mittantur.

0120